

LUIS CERNUDA

Por CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ

Se llama del Aire esta calle estrecha, toda sombra, donde el elemento que le da nombre es una perfilada línea de frescura en los meses de verano y en los de invierno, un cuchillo húmedo que se nos clava en el costado, dando su último reflejo antes de envainarse en nuestra carne.

Al entrar en la calle del Aire, pasamos por la de Mármoles, donde se ven soterrados unos restos, unas columnas «que dan idea de las proporciones gigantescas del edificio a que estuvieron destinadas» según nos dice Gestoso, compañeras de las de la Alameda, ignorando si el templo era en honor de Baco, Venus, Diana u otra divinidad gentilicia.

Ya en nuestra calle está la casa en que vivió el poeta, después de en la calle Acetres y en los Pabellones del Regimiento de Zapadores, cuando la coronelía de su padre. La casa está primorosamente dibujada por Gregorio Prieto y es por ello conocida de todos los amigos de las letras.

La frecuentábamos al anochecer. Según se entraba, el patinillo, a la derecha la escalera y después una salita sencilla, por cuya ventana en los fallos de la conversación oíamos la interrogante del perenne sonido de un fino surtidor.

Fuimos muchas veces, algunas con Antonio Collantes, Manuel Gordillo y Antonio Meneses. En cierta ocasión, nos esperaba allí Fernando Villalón para una conspiración poética contra «Mediodía», que no secundamos.

Luis era serio, pulcro, reservado. Su hosquedad, tan invo-

cada, era más bien timidez y añadía a ella un prematuro hastío, estilo de Beaudelaire que era uno de sus poetas predilectos.

El regazo del hastío de que nos habla en sus versos. Allí casi siempre solo, unas veces despierto y otras dormido, paseando en contraluces, estaba el poeta, el gran poeta, uno de los mejores que ha dado Sevilla.

Trabajaba despacio, rehuyendo la prisa y el desvarío que alejan a la belleza. Escribía y rompía hasta lograr que su inspiración hubiese tomado forma material definitiva. Por aquellos años otro poeta sevillano llenaba de borradores rotos la papelera en una casa de huéspedes de Segovia.

El blanco papel vacío es muy difícil de llenar. Escribiendo, leyendo en español y en francés, siempre alejado del mundo. Solo acudía a la llamada del cine y los conciertos, fuera de ellos permanecía añorando «la tierna imagen ajena».

En el verano del veintiocho, murió su madre. Unos cuantos amigos y familiares, le acompañamos en el entierro. Ya nada le retenía en Sevilla y arreglados unos asuntos familiares y económicos, en alguno de ellos le prestó ayuda nuestro padre, se marchó a fin de verano.

Desde Málaga, desde Madrid, desde Barcelona y desde Toulouse nos mandaba postales y alguna carta: «Unas postales son poco para el interés y afecto que siento por ti».

Noticias del ausente y en una de las cartas, que guardamos como un tesoro, elogiaba unos versos que le habíamos mandado.

Volvimos a verle en diciembre del veintinueve en ocasión que contamos en otro lugar. También en el mes de junio del año treinta y uno estuvimos con él en varias ocasiones en Madrid.

En el año mil novecientos treinta y cuatro veraneábamos en Aracena y llegaron las «Misiones Pedagógicas» en su tarea que serenamente hay que valorar como buena. Le acompañaban, él era jefe de la expedición, otro inspirado poeta, Arturo Serrano Plaja, y un pintor llamado Prieto.

Oímos sus conferencias, que insisto estaban llenas de amor al arte y la historia de España. Fueron cuatro días en que no nos separamos y notamos en él una novedad: pasión política,

que sin sorprendernos nos pareció una preocupación que antes no había tenido.

Supimos de su estancia en Londres y en América. Leímos *Ocnos*, uno de los más generosos tributos que se han rendido a Sevilla. Supimos también de otros libros y de su muerte.

Desde Inglaterra, como un siglo antes el Duque de Rivas desde Malta, añoraba a su ciudad natal. El poeta romántico recordaba la torre de Córdoba, y el sevillano echaba de menos las campanas de la Giralda, que nunca pensó que a distancia pudieran tener tanta significancia para él.

Otras veces nos habla del río y recuerda a José María Izquierdo, con sus patillas de chispero, paseando por su orilla y le envidia al verle afincado en su ciudad, renunciando felices oportunidades. Los jardines del Alcázar, las tiendas de la Plaza del Pan a la espalda del Salvador y un huerto donde iba con su madre a comprar flores, de lo que hemos hablado en otra ocasión.

Sevilla embellecida por la distancia, en que el «fresco verano llena andaluzas soledades», como nos dice paradójicamente en una décima maravillosa.

Poeta y peregrino, como puede ser llamado con más razón que Berceo, lejos, añorante. Es una de las voces más auténticas de la escuela andaluza «fina y fría». Con frialdad de agua de pozo, agua más honda que las últimas raíces. La Sevilla de Fernando de Herrera, de Murillo, de Bécquer, de la niñez de los Machado, de los Quintero. Sevilla a seca sin nada que la desfigure o abarate.

Sus grandes amigos, compañeros de curso, Higinio Capote y José de Montes han muerto ya. Yo, amigo menor, recuerdo a este poeta sobre el que se ha escrito mucho y se escribirá más y al que se leerá siempre.

Los eruditos cumplen su misión al estudiar su obra y acumular datos, algunos lo han hecho con mucho acierto. Los amigos tenemos otro menester: recordarle.